

de la completa derrota de Francia? En cuanto á los holandeses que vacilaban entre la paz y la guerra, Marlborough supo vencer su indecision; y por lo que toca á la corte imperial de Viena, conocido el afán que por las grandes empresas mostraba José I, no era de temer que se inclinara á una política de paz y transacciones. Las negociaciones de 1706 fracasaron, pues, por completo, debiéndose en primer término este fracaso al interés que en él tenía la política inglesa ó, mejor dicho, el partido whig que á la sazón gobernaba en Inglaterra.

Luis XIV tuvo por consiguiente que apercibirse para nuevas luchas y á esta tarea se dedicó poco despues de la batalla de Ramillies. Importaba ante todo reorganizar el derrotado y disperso ejército del Norte, que se encontraba en la frontera belga. Descartado el mariscal Villeroi y siendo muy reducido el número de los grandes generales franceses á quienes la nación y el ejército podían en otro tiempo confiar su destino con la seguridad de la victoria, no quedaba sino uno que gozara aun de esta confianza; el duque de Vandoma, el cual en junio de 1706 fué llamado de Italia y, no sin grandes temores por la marcha que bajo la dirección de su sucesor pudieran seguir los asuntos en aquella península, se consagró con celo y con fortuna á la nueva tarea que se le encomendaba. Alejando de la guerra de Lombardía al vencedor de Cassano, único general que podía ponerse enfrente de un príncipe Eugenio, corría Francia á una nueva derrota no menos funesta para ella que la sufrida en el Norte.

El príncipe Eugenio habíase encargado otra vez del mando supremo en Italia cuando la firme resolución del nuevo emperador José de hacer levantar á toda costa el sitio de Turin y el subsidio de 250.000 libras esterlinas facilitado por Marlborough fueron para él segura garantía de que no se vería nuevamente obligado á sostener una lucha desesperada con medios insuficientes.

Durante su ausencia del ejército, un nuevo desastre habia venido á aumentar los funestos efectos del anterior. Confiado el mando de las tropas al más antiguo de sus generales, al teniente feldmariscal conde de Reventlow, este, víctima de su imprevisión y de su torpeza á pesar de haber sido advertido oportunamente, se dejó sorprender en su campamento por Vandoma, sufriendo un tremendo descalabro en el combate de Calcinatto que en territorio de Brescia trabóse en 19 de abril de 1706. Por fortuna presentóse en el teatro de la guerra el príncipe Eugenio á tiempo de evitar las funestas consecuencias de la derrota.

Sin embargo, mientras el segundo ejército francés mandado por el duque de la Feuillade comenzaba en el mes de mayo el sitio de Turin, y cuando más desesperada era la situación del duque Víctor Amadeo de Saboya, Eugenio tuvo que permanecer muchas semanas inactivo, esperando la llegada de los refuerzos que habia prometido enviarle el emperador. La marcha de los 4.000 hombres que Marlborough habia podido obtener de Berlín no pudo efectuarse hasta el mes de abril á consecuencia de rozamientos de toda clase con la corte imperial (1); los 7.000 soldados palatinos que el elector del Palatinado facilitó á cambio de los subsidios ingleses no se pusieron en movimiento hasta que el elector consiguió del emperador formal promesa de que le sería devuelto el Alto Palatinado, como parte del botín bávaro; la salida de los 3.000 hombres enviados por el duque de Sajonia-Gotha se retrasó por otros motivos, y los 10.000 hessenses

(1) Droysen: *Historia de la política prusiana*, tomo IV, pág. 129: «y sin embargo marcharán,» decía el príncipe Salm con absoluta confianza cuando los de Berlín amenazaban con hacer retroceder á los 4.000 hombres que estaban ya en camino, en Baviera; y en efecto marcharon.

que Marlborough envió desde los Países Bajos á Italia fueron los últimos en llegar.

Por estas causas perdió Eugenio un tiempo precioso; pero cuando al fin, en el mes de mayo, hubo llegado la mayor parte de las tropas de auxilio, comenzó en seguida su tan admirada campaña que iniciada en el lago de Garda y en los desfiladeros del Tirol y continuada en Lombardía terminó al pie de las murallas de Turin.

Contra todo lo que esperaba Vandoma y burlando los preparativos por este dispuestos, avanzó Eugenio, sin que le arredraran los grandes rodeos que tenía que dar, hasta el punto donde los franceses menos preparados estaban y podían estar para atajarle el paso. La marcha de los imperiales por la Lombardía desde el alto ó medio Etsch, teniendo que atravesar multitud de afluentes del Po, como el Mincio, el Oglio, el Adda y el Tesino, hubiera proporcionado á los franceses la ventaja de una serie de líneas perfectamente defendibles ante las cuales el príncipe Eugenio se habria visto obligado á detenerse durante varios meses, en tanto que se consumaba la toma de Turin; pero el de Saboya, en vez de tomar esta dirección, encaminóse repentinamente é inesperadamente hácia el bajo Etsch, atravesó este río que en aquel sitio estaba débilmente defendido por los franceses, halló franco el paso por el bajo Po y el día 21 de julio se encontraba con todo su ejército al Oeste de Ferrara, en la orilla derecha del río últimamente nombrado, desde donde pudo marchar directamente hácia su objetivo, sin necesidad de pasar nuevos ríos y dando un rodeo para evitar la posición principal de Vandoma (1).

El general saboyano habia demostrado su superioridad respecto del mariscal francés. Este hubiera podido dificultar en gran manera la marcha de los imperiales al Piamonte, pero precisamente entonces fué llamado, como hemos visto, á consecuencia de la batalla de Ramillies, para ponerse al frente del ejército del Norte que operaba en Bélgica. Luis XIV nombró para sucederle en el mando de Italia al duque Felipe de Orleans, hijo de Luisa Carlota del Palatinado, poniendo á su lado como asesor militar al mariscal Marsin. No carecían uno ni otro de talento ni de méritos militares, pero ninguno de ellos era la *cabeza de hierro* que, como escribía Vandoma, hacia entonces falta en Italia. Los franceses desperdiciaron cuantas ocasiones se les ofrecieron de poner obstáculos á la marcha de Eugenio, el cual teniendo unas veces casi al lado y seguido otras por ellos, pero nunca seriamente atacado, avanzó por Piacenza, Voghera y Tortona hácia el Piamonte, sufriendo los ardores de un sol abrasador que causó muchas bajas en su ejército, especialmente entre las tropas auxiliares alemanas del Norte, no acostumbradas á aquel riguroso clima. Al acercarse los imperiales al peligroso desfiladero de Stradella, los franceses evacuaron las posiciones que allí ocupaban sin intentar siquiera la lucha. A fines de agosto Eugenio habia llegado al término de su empresa y el día 1.º de setiembre se realizó en Villa Stellone, punto situado á dos jornadas al Sur de Turin, la unión de los ejércitos imperial y piamontés, mientras el duque de Orleans marchaba con sus fuerzas á reforzar el ejército sitiador de Turin que mandaba el duque de la Feuillade.

Eugenio habia llegado á tiempo. Al día siguiente de su reunión con su primo, el duque Víctor Amadeo, reconoció el campo de batalla desde las alturas de la Superga, en el punto mismo en que hoy se alza, como monumento erigido

(2) Sybel, en *Pequeños documentos históricos*, tomo I, pág. 95, llama la atención sobre el hecho de haber ejecutado allí Eugenio casi la misma maniobra que en la campaña de 1796 repitió Bonaparte en sentido contrario y con el mismo buen éxito.

á la victoria que obtuvieron, el soberbio templo-panteón de la casa de Saboya que desde larga distancia divisan cuantos visitan aquel país. Todavía se defendía Turin, cuyo mando ejercía el teniente-feldmariscal imperial conde de Daun, sin que pudieran hacer rendir aquella plaza los escasos recursos estratégicos que para el sitio empleaba el inepto Feuillade, que en su desmedida soberbia habia rechazado la ayuda que le habia ofrecido Vauban. Pero el cansancio y la escasez de víveres amenazaban acabar con la resistencia de los habitantes de la ciudad que heroicamente unían sus esfuerzos á los de las tropas, por lo cual Eugenio apresuró la acción decisiva. En efecto, seis días despues de su llegada á la vista de la capital piamontesa, en 7 de setiembre de 1706, trabóse la batalla de Turin.

Aquel combate presentó complicaciones de un carácter especial. En el fondo estaba la plaza de Turin cercada por el ejército sitiador francés á las órdenes de Feuillade, y delante de ella y en la vasta extensión de terreno comprendida entre los afluentes del Po, el Dora Riparia y el Stura, el ejército de Felipe de Orleans y de Marsin fuertemente atrincherado. Apoderarse de las posiciones de estos era el objetivo principal de la batalla, pues en el caso de ser tomadas por los imperiales quedaban el ejército de Feuillade vencido y Turin libertada.

Fué aquella una lucha encarnizada sostenida en una extensa línea de combate. Despues de varias horas de fuego de artillería, Eugenio ordenó el ataque de las trincheras francesas, comenzando por el ala izquierda, donde los regimientos prusianos mandados por Leopoldo de Dessau se distinguieron por la serenidad y el vigor de su embestida; pero la resistencia fué tan enérgica que el combate estuvo indeciso durante largo tiempo, hasta que Eugenio, resuelto á romper por aquel punto la línea enemiga, púsose al frente de sus granaderos y de los prusianos y arrastrando en pos de sí á todas sus tropas arrolló por completo á los franceses y se apoderó de sus atrincheramientos. Inmediatamente despues consiguió el príncipe de Wurtemberg tomar las trincheras contiguas á aquellos. Entonces pudo entrar en acción la caballería imperial lanzándose sobre las obras de defensa destruidas y la batalla se hizo general. En el centro donde se encontraban frente á frente el duque de Orleans y el duque de Saboya, este con fuerzas en su mayor parte alemanas, los imperiales fueron por dos veces rechazados, pero al tercer ataque penetraron en las fortificaciones francesas. El mariscal Marsin fué herido mortalmente y tambien lo fué de gravedad el duque de Orleans, que hubo de ser retirado del campo de batalla. En el ala derecha, el príncipe de Sajonia-Gotha luchó rudamente, pues en aquel punto tenían los franceses sus más fuertes posiciones, constituidas por una serie de trincheras defendidas por el castillo de Lucento que se alzaba en una colina contigua; pero despues de muchas horas de combate, tambien allí resultaron vencedores los imperiales. La lucha continuó algun tiempo en el campo raso que detrás de las trincheras tomadas se extendía, combatiendo los franceses sin jefes despues de la muerte de Marsin y de la herida del duque de Orleans; pero la suerte de la jornada estaba decidida. A las once habia comenzado la verdadera batalla y á la una quedaba vencido el ejército francés, que huyó á la desbandada: la salida que desde la plaza sitiada hizo en aquel momento preciso el conde Daun completó el desorden y la dispersion de los fugitivos.

Feuillade, que no habia tomado parte en la batalla, habiéndose limitado á entretener á la guarnición de Turin con un incesante cañoneo, pensó entonces en huir precipitadamente para no caer con todas sus tropas prisionero en el campamento ó en los fosos, y abandonando á los vencedores

res el botín de su campo y de su artillería de sitio emprendió á toda prisa la retirada. Turin estaba libertada y en la tarde de aquel mismo día hicieron su entrada triunfal en ella el príncipe Eugenio y Víctor Amadeo.

Pero no terminaron aquí las consecuencias de aquella gloriosa victoria: en efecto, gracias á ella conquistóse no solo á Turin, sino toda Italia.

Perdida la serenidad los derrotados caudillos franceses, en vez de retirarse hácia Lombardía donde hubieran podido reunirse con un cuerpo de ejército mandado por Vaudemont y Medavi, que no habia entrado aun en acción, marcharon hácia Pignerol, en la frontera francesa, con lo cual la Lombardía quedó abandonada á los vencedores. En los meses siguientes hubieron de rendirse casi todas las guarniciones francesas, las plazas fuertes de la Alta Italia que se encontraban privadas de todo socorro, y á fines de setiembre entró el príncipe Eugenio en Milan, donde únicamente la ciudadela fué conservada por el marqués de la Florida, siendo en todas partes recibidos los vencedores con grandes muestras de júbilo de las poblaciones que veían en los imperiales á los libertadores de la aborrecida tiranía franco-española.

Luis XIV acarició aun durante algunos meses la esperanza de reconquistar con un nuevo ataque la perdida Lombardía; pero sus fuerzas estaban hartas agotadas para poder continuar en todas partes la gigantesca lucha emprendida. Perdida Bélgica, en poder de sus enemigos Baviera y Colonia y con muy malas noticias de España, resolvió evacuar la Lombardía, y en 13 de marzo de 1707 firmóse en Milan el tratado de evacuación, por el cual se concedió libre salida á todas las tropas francesas y españolas que aun habia en la Alta Italia y que inmediatamente traspusieron la frontera. La casa de Habsburgo habia conquistado la Lombardía y se devolvió el Piamonte á su duque.

A la victoriosa campaña de la Alta Italia sucedieron inmediatamente otras dos nuevas empresas, de las cuales la una fracasó, al paso que la otra completó el aniquilamiento del poder borbónico en Italia.

Así como Carlos V, tratando de redondear sus conquistas en Lombardía contra Francisco I de Francia, habia emprendido la de la Provenza (1524), del mismo modo los adversarios de Luis XIV dirigieron sus armas contra las provincias francesas del Mediodía. No se trataba ciertamente como entonces de reminiscencias de antiguos derechos imperiales sobre el desaparecido reino de Arlés; el plan de esta expedición no fué de la iniciativa de Francisco José ni del príncipe Eugenio que, por el contrario, se opusieron á él enérgicamente, sino que fué exigencia de la política interesada de las potencias marítimas, sostenida especialmente por Marlborough. La política anglo-holandesa estaba desde hacia tiempo aherada á la idea de que era preciso aprovechar la preponderancia de las armas aliadas para sentar la planta en el Sur de Francia: este era — así se decía — el mayor daño que podía causarse al adversario, y además desde allí podía esperarse mejor que las cosas tomaran en España un sesgo más favorable. En el fondo de este pensamiento sobre el giro que con la mayor energía exigía Marlborough que se diera á la guerra, habia otras intenciones favorables, especialmente á los intereses de Inglaterra.

El objetivo principal de la guerra era Tolon (1), el puerto militar más fuerte de Francia, en cuya posesión descansaba el poderío marítimo francés en el Mediterráneo. Destruído este baluarte, la impotencia de la marina francesa era abso-

(1) Noorden, tomo III, pág. 168; Arneht: *El príncipe Eugenio*, t. I, página 401.

luta y la hegemonía marítima de Inglaterra y Holanda veíase libre de una temible rival; pero si en vez de destruir ese puerto Inglaterra lograra conquistarlo y conservarlo, adquiriría con ello una posición de sin igual valor para asegurarse para siempre la parte del león en la dominación del Mediterráneo occidental y matar en germen cualquiera nueva tentativa de rivalidad francesa. En estas ideas se inspiraban en realidad los hombres de Estado ingleses cuando hicieron fracasar las tentativas de paz de Luis XIV y cuando después de arrojar á los franceses de Lombardía hicieron hincapié para que se emprendiera una expedición contra Tolon, creyéndose con derecho á exigir del emperador este servicio en justa reciprocidad de haber las tropas de subsidio anglo-holandesas contribuido en primer término en Hochstadt, Ramillies y Turin á la victoria de la casa de Habsburgo.

La empresa se llevó á cabo, y si hubiese prosperado, la hegemonía de Inglaterra en el Mediterráneo quizás habría quedado aun más sólidamente asentada de lo que quedó después con la conquista de Gibraltar. Pero lo cierto es que fracasó como había fracasado la expedición de Carlos V y como debía fracasar la tentativa hecha por los ingleses en 1793.

En julio de 1707 el ejército aliado imperial-piamontés, á las órdenes del duque Víctor Amadeo y del príncipe Eugenio, emprendió la marcha hacia Provenza, viéndose de antemano que era poco numeroso y estaba mal armado para tan difícil empresa. El príncipe Eugenio había desaprobado siempre aquel plan y las mejores tropas imperiales habían sido destinadas á la campaña de Nápoles que se verificó al mismo tiempo que aquella y de la cual tendremos que hablar más adelante. El curso de la expedición á Provenza correspondió por completo á los temores manifestados por el perspicaz feldmariscal imperial. El ejército aliado llegó á Tolon pocas semanas después de haber salido de Italia: la escuadra inglesa cercó la ciudad por el lado del mar y preparó su artillería de sitio, pero el príncipe Eugenio reconoció desde el primer momento que la empresa no ofrecía probabilidad alguna de éxito. Tolon era una plaza muy fuerte, abundantemente provista de municiones y víveres y perfectamente defendida, y el ejército sitiador no se encontraba en condiciones de llevar á feliz término la misión que le estaba encomendada. Cediendo á las destempladas y apremiantes instancias del almirante inglés que, lo mismo que Marlborough, exigía la toma de Tolon como equivalente de todos los servicios hasta entonces prestados por Inglaterra en aquella lucha, continuaron por espacio de tres semanas el duque de Saboya y Eugenio aquel penoso y desesperado trabajo: lucha sostenida solo por la disciplina y el honor militares, sin esperanza alguna de éxito. El día 20 de agosto celebróse el último consejo de guerra en el que el almirante inglés hubo de rendirse mal de su grado ante la necesidad, y dos días después el ejército y la escuadra emprendieron la retirada, sin que Tolon fuese destruida ni conquistada. El único resultado importante de aquella campaña fue que el príncipe Eugenio al retirarse de Francia se apoderó de la plaza de Susa cuya posesión tanto interesaba al duque de Saboya porque era la llave que cerraba el valle á cualquier tentativa de Francia. El desestimiento de aquel plan del cual tantos beneficios se prometía, disgustó en gran modo á Inglaterra, culpándose allí del fracaso á la mala voluntad y escaso apoyo de la corte imperial y poniéndose en el libro de agravios contra Austria el hecho de que Tolon no fuera un puerto inglés.

Tanto como desgraciado fue el éxito de esta empresa, fue afortunado el de la otra con que en el verano de 1707 quedó

asegurado el fruto de la batalla de Turin: nos referimos á la conquista de Nápoles (1).

Razon tenían los ingleses cuando decían que el emperador José tenía mucho más interés en esta campaña que en el sitio de Tolon: las tentativas de la diplomacia anglo-holandesa para que la aplazase y destinase todo el ejército imperial á la de Provenza se estrellaron ante su negativa, lo cual se comprende porque no era natural que desperdiciara la ocasión favorable que se le presentaba de arrebatar á los Borbones el reino del Sur de Italia que estaba tan débilmente defendido y tan dispuesto á sacudir el yugo.

El ejército imperial, compuesto de unos 13,000 hombres, emprendió la marcha hacia el Sur en mayo de 1707, á las órdenes del valeroso defensor de Turin, el conde Daun: entre las tropas escogidas para aquella campaña había algunos regimientos prusianos mandados por el general Stille.

La expedición no dió lugar apenas á hechos de armas importantes. El reino de Nápoles, á cuyo frente se hallaba el vi-rey español marqués de Villena, encontrábase en un estado de poco menos que imposible defensa: las tropas eran malas y su número no pasaba de 2,000 hombres; el país estaba agitado por enfurecidas facciones y el partido más fuerte y más activo era el que deseaba derrocar el régimen de los Borbones y simpatizaba con la casa de Austria. Ya en 1701 había ocurrido un levantamiento que fue sofocado, pero la excitación contra los Borbones extendíase cada vez más y á Viena iban á parar los hilos de conjuraciones que contaban con muchas ramificaciones en Italia. El gobierno del vi-rey, reducido á sus propios recursos, no podía resistir un ataque formal: de España no había que esperar auxilios y solo los socorros de Francia podían salvar para la casa de Borbon el reino de Nápoles. Mas estos socorros fueron negados por Luis XIV, el cual, comprendiendo que después de perdida la Lombardía, era punto menos que imposible el mantenimiento de la dominación borbónica en el Sur de Italia, no quería aventurar un ejército en una empresa desesperada y en su consecuencia borró á Nápoles del número de las antiguas provincias españolas que esperaba salvar para su nieto.

Así fue que el ejército imperial penetró, á fines de junio, en un país casi sin defensa. El fuerte de Cápua, escasamente guarnecido, fue tomado por asalto en 4 de julio y el vi-rey Villena huyó á Gaeta cediendo ante la hostilidad y excitación de la opinión pública de la capital. Como en aquel suelo volcánico los cambios de dominación se verificaron siempre á modo de erupciones, Nápoles se arrojó en brazos del nuevo conquistador con ruidosas manifestaciones de júbilo. El país en masa aceptó y reconoció al Habsburgo Carlos III de España y solo en muy contados puntos se opuso resistencia armada á los imperiales: únicamente la formidable plaza marítima de Gaeta resistió un largo asedio, pero al fin sucumbió en setiembre de 1707 por no haber recibido los auxilios esperados en Francia y España.

En todos tiempos el dueño de Nápoles y Lombardía ha sido considerado como el verdadero soberano de Italia: á la sazón la casa de Austria estaba en plena posesión de aquella posición importante, y el emperador José I nada omitió para explotar situación tan favorable. Contra el duque Carlos Gonzaga de Mantua, aliado de Francia, apelóse al procedimiento de la proscripción imperial que tan buen efecto había surtido respecto de Baviera y que le fue á él aplicado en 1708 como feudatario apóstata del Imperio (2).

(1) Heller: *La campaña contra Nápoles en 1707* (Revista militar austriaca, 1840); Noorden, tomo III, pág. 126.

(2) El procedimiento quedó perfeccionado después de largas discusiones mediante la aprobación del Colegio de príncipes electorales, de 30 de junio de 1708.

Al año siguiente dictóse la misma sentencia contra el príncipe de Mirandola que se encontraba en igual situación que el duque mantano. José se propuso entonces hacer prevalecer de nuevo plenamente los derechos y las formas de los antiguos poderes y soberanía imperiales y resucitar con la amenaza de la proscripción imperial los ya olvidados terrores que en la península itálica habían inspirado al emperador y el Imperio.

Y aun cuando á José I al obrar así sucedióle, como á sus antecesores en remotos tiempos, que se vió envuelto en graves conflictos con la curia pontificia, no por ello se arredró.

Clemente XI (Albani, desde 1700) (1), papa en aquel tiempo, habíase ya enemistado con el emperador Leopoldo, en los últimos años del reinado de este, por la decidida parcialidad á favor de Francia que desde los comienzos de la guerra de sucesión española había mostrado. El Pontífice, á pesar de su pretendida neutralidad, había dado á entender claramente, con gran disgusto de la corte de Viena, que en Italia especialmente prefería la sucesión de los Borbones á la de los Habsburgos alemanes, y con la manifestación de estas tendencias había indignado al anciano emperador Leopoldo, enfriando sus sentimientos religiosos. Esta tirantez de relaciones entre el Imperio y el Pontificado habíase convertido en violentas contiendas cuando ocupó el trono imperial José I, quien, poco dispuesto á guardar la menor consideración á la curia romana si esta oponía obstáculos á sus planes políticos, retiró el embajador que tenía en Roma y mandó salir de Viena al legado pontificio. La corte austriaca consideró como humillante burla que el Papa opusiera dificultades al emperador en el ejercicio del antiguo derecho imperial de las *prima praes*, en virtud del cual el jefe del Imperio podía, al subir al trono y en forma de «primera súplica», disponer de una canongía vacante en cada uno de los cabildos alemanes. Roma exigía que para ello se solicitase antes un indulto pontificio expreso; pero José, no haciendo caso de la exigencia, nombró á uno de estos *praes* para el cabildo de Hildesheim, lo cual dió motivo á las más violentas discusiones que trajeron como consecuencia una larga lucha por escrito (2). A este agregáronse otros motivos de disgusto por una y otra parte, pero lo que motivó un choque verdaderamente hostil entre el emperador y el Papa fue la fortuna de la casa de Habsburgo en Italia que tan brillante impulso recibió con la batalla de Turin.

Nada inspiraba en Roma tanto temor y ódio como la idea de que pudieran reproducirse en Italia las antiguas pretensiones imperiales, en las que aquel Papa conocedor de la historia preveía inmensos peligros para la Iglesia y para sus Estados. Y precisamente á esto tendían las esperanzas y los planes de José I, que no estaba dispuesto á prescindir del restablecimiento de los derechos imperiales de soberanía en Italia que estimaba como poderosa palanca para realzar su poderío.

Ya en el invierno de 1706, cuando las victoriosas tropas imperiales establecieron sin reparo alguno sus cuarteles en los Estados de la Iglesia, en el territorio de Bolonia y Ferrara, como antes lo habían hecho autorizadamente los franceses, el papa Clemente formuló las más enérgicas quejas pudiendo al fin conseguir que se retiraran, no sin tener que

entregarles para ello cuantiosas sumas. El ejército imperial se instaló en los pequeños principados italianos, exigiendo en todas partes acuartelamientos y contribuciones, procedimiento que fue grave amenaza para la curia romana cuando se empleó en Parma y en Piacenza. No estaba resuelta todavía la antigua contienda sobre si estos principados vasallos de la casa Farnesio eran feudos del emperador ó del Papa, y José I se disponía á reproducirla haciendo por de pronto que las tropas imperiales ocuparan aquel territorio y firmando con el duque Francisco Farnesio un tratado para la entrega de una contribución á cuyo pago fue también constreñido el clero (14 de diciembre de 1706).

¡Y esto sucedía en un territorio que el Papa reclamaba como feudo de la Iglesia! ¡Y esto se realizaba, para mayor dolor, con tropas herejes, con soldados prusianos protestantes allí llevados por el príncipe Eugenio y que allí celebraban sus predicaciones y los actos de su culto públicamente, como en son de censura escribía el Papa al emperador! Un breve pontificio declaró nulo el tratado de la contribución y prohibió al duque, como vasallo pontificio, que lo cumpliera y al clero de Parma y de Piacenza que pagaran el impuesto exigido (5 de enero de 1707). Esta disposición, como era de suponer, no produjo efecto alguno: los jefes de las tropas alemanas cuando no se les pagaba voluntariamente hacían efectiva la contribución por medio de la ejecución militar, sin respetar á los conventos que se mostraban refractarios, en vista de lo cual el papa Clemente apeló á un arma más poderosa que las que hasta entonces había empleado. En 1.º de agosto promulgóse públicamente en Roma una bula pontificia en la cual se decretaba solemnemente la nulidad del tratado firmado con el duque y se declaraba incursos en excomunión á los que hubieren invadido militarmente aquellos dos territorios feudatarios de la Iglesia é impuesto á los sacerdotes cualquiera contribución de guerra (3).

Pero tampoco esta medida de terror pudo nada contra el rigor de la razón de la guerra, ni contra la fuerza de las necesidades militares, ni contra la indiferencia de los herejes soldados alemanes. Así las cosas, Daun llevó á cabo su expedición á Nápoles y la conquista de este reino, que el Papa no pudo impedir. Hubo más; en virtud de un tratado arrancado violentamente al Pontífice, las tropas imperiales atravesaron el territorio pontificio, apoderándose luego del país que la curia romana consideraba como otro de los feudos de la Iglesia. Amontonábanse las complicaciones: el Papa se negaba tenazmente á reconocer á Carlos III proclamado soberano en Nápoles, y los jefes del ejército imperial sentían á cada paso los efectos de las secretas maquinaciones de Roma en favor de la causa borbónica y de sus partidarios. El emperador contestó á esta conducta del Papa haciendo salir de Nápoles al nuncio pontificio y poco después prohibiendo que los extranjeros pudiesen disfrutar de los beneficios eclesiásticos de aquel reino. Lo propio se decretó respecto del ducado de Milan y fueron retenidas las rentas que aquellos producían, con lo cual sufrió gravísimo quebranto en sus intereses el Colegio de cardenales romano (4). Un decreto expedido en nombre de Carlos III de España dispuso que en lo sucesivo todos los cargos y beneficios del reino de Nápoles solo podían ser conferidos á los naturales de este reino.

(1) Buder: *Vida y hechos del papa Clemente XI*. El hecho que Noorden (III, 133) cita, apoyándose en nuevos hallazgos hechos en los archivos, de que el Papa abrigaba grandes temores contra la demasiada extensión del poderío borbónico teniendo en cuenta que la política religiosa francesa era hostil á la curia, no desvirtúa en el fondo su conducta política favorable á Francia ni sus sentimientos hostiles á los Habsburgos ó más bien al Imperio.

(2) K. A. Menzel: *Historia moderna de los alemanes*, t. V, pág. 41.

(3) La bula, fechada en 27 de julio de 1707, puede verse en Buder, tomo I, pág. 1145. Véase también la declaración del emperador en Lambert, tomo V, pág. 85.

(4) Memoria del embajador francés Polignac enviada desde Roma en 7 de abril de 1708 («el Sacro Colegio que saca su principal subsistencia del reino de Nápoles y del ducado de Milan»), inserta en Noorden, tomo III, pág. 332.

Entretanto, las tropas alemanas habían vuelto á acampar, lo propio en el Norte que en el Sur, en territorio pontificio, como represalias de la resistencia invencible que Clemente XI oponía al reconocimiento de Carlos III. El territorio que mas depredaciones sufrió entonces fué el de Ferrara, procediéndose además á una revision de los derechos de la curia sobre esta legacion que en 1538 el papa Clemente VIII había arrebatado á la casa de Este, como supuesto feudo pontificio vacante, y unido á los Estados de la Iglesia, y que el duque Reinaldo (Este) de Módena esperaba recobrar con ayuda del emperador. Por de pronto, las tropas imperiales avanzaron en mayo de 1708 sobre Comachio, plaza fuerte situada en las lagunas, que en aquella misma ocasion habia hecho suya la curia romana y que era considerada como feudo del Imperio (1), se apoderaron de ella y reconstruyeron sus fortificaciones, habiéndose dicho en Roma que sobre una de sus puertas grabaron la inscripcion siguiente: «*Josepho Imperatori antiqua Italia jura repenti*» (2).

Esta fué la primera ocupacion hecha en son de guerra de una ciudad de los Estados de la Iglesia. El Papa dirigióse personalmente al emperador José por medio de una enérgica carta en la que, despues de hacerle ver las terribles penas con que las leyes eclesiásticas castigan á los que á la Iglesia roban, le excitaba por última vez á que no manchara su impetuosa juventud con un escándalo dado á toda la cristiandad ni comenzara su gobierno con una afrenta á la Iglesia de Cristo y á su Apóstol (2 de julio de 1708) (3). Como era de esperar, ningun efecto produjo en Viena el enérgico lenguaje de la curia romana, en vista de lo cual el Papa se creyó obligado á apelar á las armas, haciendo, en efecto, sus aprestos militares durante el verano de 1708 y logrando á fuerza de dinero reunir un pequeño ejército, como todos los ejércitos pontificios, insuficiente y mandado por jefes ineptos que fácilmente habia de ser vencido por las aguerridas tropas imperiales. Este acto del Pontífice tuvo para los alemanes la ventaja de permitirles extenderse ya sin contemplacion alguna por los territorios y ciudades de los Estados de la Iglesia, pudiendo decirse que á la terquedad del Papa (4) tuvieron que agradecer los buenos cuarteles de que disfrutaron durante aquella campaña.

De nuevo, pues, estuvieron armados frente á frente el emperador y el Papa; pero en vano fué que Clemente XI hiciera ondear en la plaza de San Pedro su bandera de guerra con el lema «*Domine, defende causam tuam!*», pues á pesar de ello vióse completamente abandonado y entregado á fuerzas superiores á las cuales le era imposible resistir. El único de quien podia esperar auxilio, Luis XIV, despues de haber renunciado á Lombardía y perdido á Nápoles no tenia tropas para defender los Estados de la Iglesia y no supo en definitiva hacer por el Pontífice mas que darle el astuto consejo de que huyera de Roma y fijara su residencia en Aviñon bajo la proteccion del gobierno francés.

Extraña complicacion de las cosas: del ejército imperial que en tan grave aprieto ponía al Papa, formaban parte im-

(1) Muratori escribió algunos años despues un trabajo especial titulado: *Exposicion de los derechos del Imperio y de la casa de Este sobre la ciudad de Comachio*, 1712.

(2) Buder, tomo II, pág. 138.

(3) Esa carta ha sido impresa, entre otras, en *Cancillería del Estado*, tomo XIII, pág. 622, de Faber. La otra carta del Papa aun mas enérgica de 16 de junio, que suele citarse como relacionada con el mismo asunto y que se inserta en la citada obra, tomo XIII, pág. 626, debe ser considerada con Noorden (III, 337) como falsa aunque aparecida en aquel entonces.

(4) Terquedad muy parecida á la de aquel que se empeña en no entregar voluntariamente la bolsa á la primera intimacion del robador.

(N. del T.)

portante los regimientos prusianos, las tropas brandeburguesas protestantes que habían combatido en Turin y ayudado á conquistar á Nápoles y que á la sazón estaban acuarteladas en los Estados de la Iglesia; y estas fuerzas que constituían un contingente auxiliar de las imperiales tenían que hacer al propio tiempo y por su propia cuenta la guerra al romano Pontífice.

Desde que Federico I se ciñó la corona real prusiana, sin que de ello reportara ventaja alguna la Iglesia católica, la curia romana sentía no poca animosidad contra el nuevo reino de Prusia (5). Puestos luego los prusianos, en la gran guerra de sucesion que tenia conmovido al mundo entero, al lado de los Habsburgos y Clemente XI en favor de los Borbones, la reconciliacion entre Prusia y el Papa hacíase cada vez mas difícil. Cierto que el padre Vota continuaba siendo una persona con mucho agrado vista en la corte de Berlin y que lejos de renunciar á sus planes acariciaba aun la esperanza de hacer volver algun dia á los jesuitas á la capital de Prusia (6); pero mientras el flexible padre seguía particularmente una política conciliadora, las manifestaciones de los órganos oficiales de la Iglesia católica eran de continuo causa de rozamientos. Una cuestion sobre el derecho de embajada fué motivo de violentísimo choque. Había Federico I enviado á Colonia como residente fijo á un cierto señor de Diest y solicitado que este, como era en todas partes costumbre diplomática, pudiese tener en su casa el culto reformado. Enérgica resistencia opusieron á tal pretension las autoridades municipales y en Berlin consideróse, con razon, que el clero católico y especialmente el nuncio pontificio residente en Colonia eran los que con mas empeño trataban de impedir que un culto herético manchara aquella ciudad calificada de santa.

Federico I, apoyándose en el derecho de gentes á la sazón existente, amenazó con tomar represalias, y en vista de que esta amenaza, varias veces repetida, no daba resultado alguno, dispuso en mayo de 1708 que las autoridades reales de Halle, Magdeburgo, Halberstadt y Minden retuvieran la mitad de las rentas del clero católico de aquellas ciudades y que si dentro de seis semanas no quedaba zanjada la cuestion de Polonia y no se daba al rey la satisfaccion debida le confiscaran la otra mitad. Respecto de los jesuitas cuya residencia en la provincia de Prusia era tolerada, decretóse que sus rentas fuesen confiscadas y sus personas sometidas á una *honesti custodia*. Además, el rey amenazó al residente imperial en Berlin con privarle del derecho de practicar el culto católico (7).

Mas duras fueron las represalias que en Italia tomaron las tropas prusianas allí acantonadas. Segun parece, la curia romana tenia el presentimiento de que la presencia de estas fuerzas heréticas podria ser utilizada para obtener una respuesta de Prusia á la protesta formulada por el Papa contra la coronacion, y el Pontífice indujo á los electores Juan Guillermo del Palatinado y obispo de Munster á que intercedieran cerca de Federico I para que respetara el territorio pontificio. El rey mostróse al principio dispuesto á atender las recomendaciones de los dos príncipes alemanes católicos, por mas que, segun decia, «el actual Papa se ha portado de una manera tan impertinente conmigo en la cuestion de la dignidad real que me ha sido conferida, que razones de sobra tendria para en esta favorable ocasion pagarle en la mis-

(5) Véase mas arriba.

(6) M. Lehmann: *Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 396. Véase tambien esta obra para lo que sigue.

(7) Lehmann, tomo I, pág. 577: el plazo de seis semanas fué prorrogado en Magdeburgo y Halberstadt hasta dos meses «por especial clemencia y benignidad del emperador», pág. 580.

ma moneda á fin de que otra vez y en casos análogos se manifestara mas respetuoso y humilde hácia las potencias evangélicas (1).» Pero viendo que la Iglesia no cedía en la contienda de Colonia y que el residente prusiano era objeto de continuas ofensas, la corte de Berlin creyóse autorizada para abandonar la conducta prudente hasta entonces seguida y en su consecuencia ordenó al general prusiano Stille que en cuanto se le presentara coyuntura para ello tomara represalias en el territorio pontificio, que «dejara vivir á discrecion y por todo el tiempo que pudiera» á las tropas allí acantonadas y que significara á las autoridades pontificias que todo esto era consecuencia del proceder del nuncio del Papa en Colonia (8 de mayo de 1708). Cuando en el verano y otoño de 1708 los imperiales opusieron el estado de guerra á los aprestos militares del papa Clemente y el emperador José solicitó expresamente la cooperacion de las tropas prusianas para la campaña que iba á emprenderse en los Estados de la Iglesia, dióse orden á un cuerpo de ejército mandado por el mayor general Arnim (de si se uniera al ejército imperial para el indicado objeto (si se trataba de marchar sobre Roma), añadiendo el encargo de que de los cañones que se tomaran exigiera para Berlin «algunas piezas del mayor calibre con las armas del Pontífice.»

Los imperiales no tuvieron que sostener grandes combates con el poco menos que inútil ejército pontificio, que eyitaba, cuantas veces podia, todo encuentro, y lograron ocupar la mayor parte de los Estados de la Iglesia hasta muy cerca de la capital. Las tropas prusianas formaban parte de la expedicion y un valiente predicador castrense del regimiento de caballería del *Kronprinz* (heredero de la corona), que despues fué párroco en la Marca, pudo referir á sus feligreses, para edificarles, «que una vez desvanecido el primer temor y visto que los prusianos no eran unos caníbales, multitud de personas de Roma y de otros lugares de los Estados de la Iglesia fueron al campamento alemán y asistieron con gusto al servicio divino de campaña con las mas sinceras muestras de devocion á pesar de que no comprendían el alemán.» Refirió tambien que muchos alemanes á quienes se tenia en Roma por católicos porque habitaban en aquella ciudad, pero de cuyo culto religioso nadie se cuidaba, comulgaron con los soldados prusianos (2).

Entretanto, un embajador imperial, el marqués de Prié, negociaba en Roma la paz. Clemente XI, aun viéndose completamente solo, oponía la mas tenaz resistencia, diciendo que «antes que reconocer al archiduque austriaco como rey de Nápoles prefería dejarse conducir prisionero á Inglaterra (3);» pero la mayoría de los cardenales no era tan heroica, y descontentos por las privaciones á que por causa de las confiscaciones en todas partes decretadas por los imperiales se veían sometidos, pedían que se firmara la paz. Cuando el Papa les propuso huir al extranjero, los mas de ellos declararon estar dispuestos á sufrir el martirio por Jesucristo, pero no por el rey Borbon de España. El embajador imperial en Roma dió á comprender en son de amenaza que estaba investido de los mas plenos poderes y que á una simple señal suya el general Daun se dirigiría á marchas forzadas sobre Roma. ¡Roma tomada por tropas alemanas en su mayor

(1) Carta de Federico I al obispo de Munster, de 7 de diciembre de 1707; Lehmann, pág. 552.

(2) Segun las manifestaciones verbales del predicador castrense insertas en Buchholtz: *Ensayo de una historia de la Marca electoral de Brandeburgo* (Berlin, 1771), tomo IV, pág. 261. Debe consignarse, sin embargo, que ninguna garantía existe de la exactitud de las narraciones de aquel sacerdote.

(3) Noorden, tomo III, pág. 344; Brosch: *Historia de los Estados de la Iglesia*, tomo II, pág. 42.

parte herejes! La ciudad eterna no había olvidado ni podia olvidar el *sacco di Roma* de 1527, y las gentes se decían aterrorizadas que como entonces los soldados protestantes alemanes esperaban con ansia llegase el dia en que pudieran asaltar Roma y entrar á saqueo en ella.

Hasta este extremo no podia llegar el Papa. El embajador imperial de Prié presentó el *ultimatum* en 15 de enero de 1709, y aquel mismo dia á las once de la mañana firmóse el tratado de paz entre el emperador y el Pontífice.

Este obligóse á licenciar su ejército y á conceder al Habsburgo Carlos el título de rey que le había negado: en cuanto á reconocerle tambien como rey «católico» de España, la cuestion quedó sin resolver en aquel momento y solo transcurridos algunos meses fué decidida en favor de Carlos III. El emperador, por su parte, prometió retirar sus tropas de los Estados de la Iglesia. Respecto de la restitucion de Comachio, del derecho pontificio de posesion sobre Ferrara y de la cuestion de Parma, nada se resolvió, dejando todos estos puntos sometidos á ulteriores negociaciones, á consecuencia de las cuales el Papa recobró á Comachio y las pretensiones del duque de Módena sobre Ferrara fueron desatendidas. Por lo tocante á si Parma y Piacenza eran feudos del Imperio ó del Papa, prácticamente el asunto era poco menos que indiferente; y como en el tratado se prometió al Pontífice que se le restituirían, tales como las pedía, sus atribuciones espirituales, puede decirse que Clemente XI salió de aquella crisis sin haber perdido nada. De la sumision que se vió obligado á mostrar hácia el emperador quiso el Papa indemnizarse procediendo con mas violencia que antes contra Federico de Prusia en la cuestion de Colonia; pero bajo la presion de las represalias por este tomadas contra los católicos prusianos, las autoridades municipales de aquella ciudad consideraron mas prudente llegar á un arreglo honroso con el poderoso Estado vecino aun á riesgo de incurrir en el desagrado pontificio (4).

CAPITULO V

DESDE ALT-KANSTADT HASTA MALPLAQUET

Los triunfos alcanzados por la Gran Alianza en 1705 y 1706 ofrecieron á las potencias beligerantes una serie de resultados prácticos que habrían podido servir perfectamente de base de inteligencia para la paz. No había que pensar para esto en que Luis XIV pudiera conseguir todo cuanto habia imaginado cuando aceptó el testamento de Carlos II de España en favor de su nieto: es decir, conservar para la casa de Borbon todos los territorios que constituían la herencia, pues Italia y los Países Bajos españoles debían considerarse ya como perdidos. Tambien era de muy dudoso éxito la solucion opuesta, es decir, el triunfo de todas las pretensiones formuladas por los Habsburgos, pues difícilmente había de lograr Carlos III vencer la resistencia que la mayor parte de la península española oponía á su dominacion y no era muy probable que las colonias españolas se declararan en favor de un príncipe alemán, de un Habsburgo que no disponía de una escuadra propia.

Natural fué, por consiguiente, que se volviera la vista hácia aquellos antiguos planes de reparticion con los cuales en otro tiempo la política de Guillermo III había tratado de evitar la guerra universal.

A Luis XIV hay que agradecerle, aunque no lo hiciera espontáneamente, el haber sido el primero en proponer la paz sobre la base de una reparticion de la herencia españo-

(4) Lehmann, tomo I, pág. 399.